

## Segundo Encuentro



### *Primer Testimonio*

#### UN PADRE, ANTE TODO

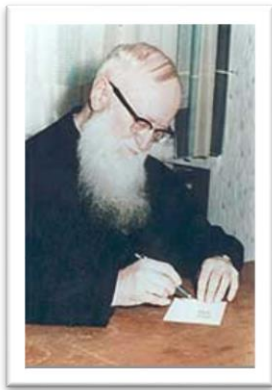
ALEJANDRO FOXLEY RIOSECO chileno, economista, ex Ministro de Hacienda de Chile, casado, dos hijos.

Conocí al Padre José Kentenich en Milwaukee, Wisconsin, entre los años 1963 a 1966. Yo estaba estudiando un doctorado en economía en la Universidad de Wisconsin, Madison. Lo vi unas cinco veces, en que viajamos a Milwaukee con el explícito objetivo de hablar con él, a celebrar con la comunidad de Schoenstatt allí diversas festividades durante el año. El participó en el bautizo de nuestro hijo Alejandro que nació en Madison y fue bautizado en el Santuario de Milwaukee.

Confirmé todo lo que había escuchado y leído de él. Un padre, ante todo. Una figura luminosa que irradiaba paz, fuerza, humildad. Un santo. Un hombre superior y excepcional, sin duda. Ejercía una atracción magnética e irresistible sobre quienes se acercaban a él.

Él era el centro y corazón de la comunidad de Milwaukee, que vivía en torno a él y en función de él.

**Las ideas-fuerza de su mensaje que a mí me marcaron** y que considero muy relevantes para el Chile de hoy son dos: la del hombre que se integra a sí mismo a través de descubrir su tarea más propia, formulada como "**el ideal personal**". Y la **idea del hombre-vinculado**, que desarrolla armónicamente su "organismo de vinculaciones" expresión de la dimensión comunitaria y solidaria, como clave del hombre nuevo transformador. Estos dos elementos, como expresión de vida más que de concepciones intelectuales, constituyen una respuesta a fondo a los problemas del hombre contemporáneo.



*Después de haber leído en común el testimonio dejamos un momento de silencio para que cada uno medite el mensaje que hoy Dios nos quiere regalar a través de esta vivencia.*

*Queremos que estos mensajes de la vida sean un instrumento, un cuaderno de diálogo del Padre Kantenich conmigo.*

**Es una carta personal de su vida que yo debo descubrir para mí como un camino de santificación.**

*Que despierta en mi todo lo leído*

---

---

---

---

---

---

---

---

*Qué me sugiere para la vida*

---

---

---

---

---

---

---

---

*Con qué frase o palabra resumo lo leído (fundamental)*

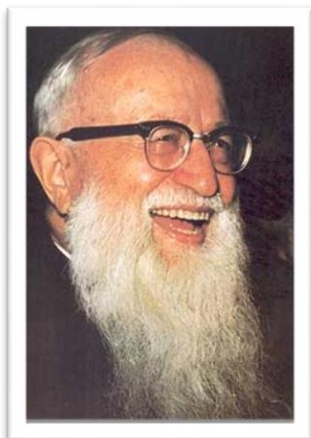
---

---

---

---

---



## Segunda Testimonio

### EL PADRE... COMO YO LO CONOCÍ

BEATRICE AVALOS DAVIDSON, chilena, profesora. Ph. D. Profesora del University College Cardiff- Galn, Gran Bretaña, Profesora Visitante "Ontario Institute for Studies in Education" Universidad de Toronto, Canadá

Conocí al Padre Kentenich por primera vez, al pasar éste por Chile en 1952. Yo acababa de entrar al Movimiento de Schoenstatt, a la juventud femenina y tuve ocasión de escuchar algunas conferencias que diera en ese momento para el Movimiento. Recuerdo que me impresionó su exterior tranquilo, agradable y al mismo tiempo imponente. Pero no pude apreciar más el contacto con él dado que no entendía alemán. En aquella ocasión él me firmó un recuerdo poniendo una frase que ya en ese momento me impresionó como síntesis de su fe en lo sobrenatural: "Ella (la Santísima Virgen) es la omnipotencia suplicante".

Más tarde volví a ver al Padre Kentenich en Estados Unidos. Yo estaba estudiando en St. Louis, y viajaba en tiempos de vacaciones a Wisconsin, donde aprovechaba de ir con frecuencia al Santuario de Milwaukee y a la Parroquia alemana donde decía Misa el Padre, ya en este tiempo, sabía mucho más de Schoenstatt; había escrito mi tesis en Chile para el título de Profesora de Estado sobre la "pedagogía de vinculaciones en Schoenstatt", y había descubierto el mundo extraordinario pedagógico y religioso, de que el Padre Kentenich era inspirador. Mi impresión era la de un hombre genial, capaz de crear una obra de gran vitalidad como lo era el Movimiento de Schoenstatt y al mismo tiempo, capaz de elaborar una teoría que sospechaba tendría implicaciones inmensas para la formación de los hombres en un mundo de cambios trascendentales, Sin embargo, no conocía al ser humano que se ocultaba tras esa genialidad de creador del movimiento y de elaborador de una teoría. Ese ser humano, lo conocí en Estados Unidos y es lo que más me impresionó de él. El Padre Kentenich era un hombre de extraordinario calor humano, acogía con solo mirar y sonreír. Muchos se acercaron a él, cargados con los problemas y dificultades de una infancia infeliz, un hogar destruido, un carácter retraído, con problemas psíquicos, con la soledad y abatimiento de quien vive en una sociedad de masas donde nadie se preocupa de la persona. Para ellos el Padre Kentenich fue un padre acogedor, y al mismo tiempo educador. Los ayudó a salir de su miseria y también a saber buscar su camino, construir su vida. **Esa capacidad de atender a cada persona que llegaba hasta él -como si fuera la única- no era una capacidad natural. A través de su presencia paternal, se traslucía aún sin que él mencionara nada**

**sobrenatural, la presencia de Dios.** A través de él, se descubría el mundo maravilloso de una religión que es hogar, que es amor, en que el dolor y las dificultades tienen sentido, y en que la justicia fría, tajante entendida como castigo, desaparecía.

Lo extraordinario es que ese hombre que era el Padre Kentenich no estaba allí solamente como un consolador de afligidos, aun sabiendo que su acción estaba detenida por el momento por la Iglesia, a la que él quería sobre todas las cosas, sabía que era también un constructor; que había recibido de Dios una misión y que tenía que tener siempre presente que debía llevarla adelante. Lo que él hacía con los que podían acercársele, debían otros hacer con toda una humanidad, una sociedad víctima de la masificación, de la injusticia social, presa del egoísmo e incapaz de generar las condiciones naturales, para poder alcanzar a Dios. Así, en el destierro fue poniendo las bases a la acción de Schoenstatt para los años que vendrían.

Preguntarse si el Padre Kentenich es santo, es a mi modo de ver, preguntarse como entendía él la santidad. Para el Padre Kentenich hay santos cuya norma esencial de vida es lo extraordinario, el milagro; pero hay otros, cuya tarea es la de ser al máximo pequeños hijos del Padre Celestial, fieles, obedientes — santos de todos los días—, los llamó él, santos que se esfuerzan por hacer lo ordinario extraordinariamente bien.

Es posible pensar, que la vida del Padre Kentenich fue extraordinaria. Yo lo vi más tarde en Schoenstatt, cuando tenía más de 80 años, dedicando cada instante del día a una persona, o a una tarea de Schoenstatt. Nunca un minuto para sí mismo, nunca una expansión como la concebimos nosotros. Eso es en sí milagroso, extraordinario. Al hablar de Dios, era simpático y agradable y Dios se nos convertía en un Padre que hablaba nuestro lenguaje, nos reprochaba nuestras faltas con dolor; se reía cariñosamente con nuestras torpezas y balbuceos, nos estimulaba más a ser nosotros mismos, se congratulaba con nuestros éxitos. Por eso pienso que la santidad del Padre Kentenich no debe comprobarse por milagros en el clásico sentido de la palabra, aunque llegue a hacerlos; su santidad me parece que consiste en haber transparentado a través de la más natural y humana de las conductas, el amor paternal de Dios y el cuidado y la abnegación de María.

La conducta exterior del Padre como yo la conocí fue siempre intachable. En medio de esa extraordinaria humanidad, jamás le oí una queja contra quienes lo acusaban injustamente, al contrario, siempre había una explicación por la conducta inexplicable de alguien. Jamás hubo nada en su conducta que moviera a pensar que no era adecuada. Jamás una referencia a si mismo en término de posibles problemas o dificultades personales. Todo esto, evidentemente no tiene explicación natural.

Frente a los sacerdotes de todo tipo, la actitud del Padre Kentenich fue siempre respetuosa, la actitud de un hermano entre hermanos, salvo cuando el sacerdote lo buscaba como padre. A los sacerdotes de Schoenstatt el Padre Kentenich se dio fundamentalmente como Padre.

Frente a otros religiosos (hombres y mujeres) podía notarse el mismo respeto. Si había que hacer notar algún defecto, se hacía en términos educativos y no de otra manera.

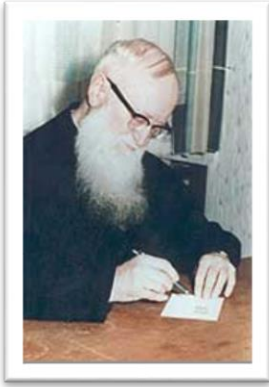
Frente a las comunidades femeninas en Schoenstatt, el Padre Kentenich tuvo tal vez un don que muy pocas personas tienen, saber despertar todas las facultades de amor filial escondido en el alma de la mujer para convertirla en un gran amor filial a él y en él al Padre Dios. Muchas mujeres, heridas por la vida, esconden su capacidad de amar y se malogran por eso como mujeres. El Padre supo hacer renacer la fe en un amor puro y limpio que al darse generosamente a los seres humanos, se da también a Dios. Al mismo tiempo, supo amar a cada una como si fuera la única, indicando como en un espejo, lo que puede ser en plenitud el amor de Dios a los hombres.

Frente a los niños el Padre Kentenich era simplemente padre y ellos lo adoraban como tal. Casi no conozco a nadie estudiante, profesional, obrero, trabajador, que se haya acercado al Padre y no se haya sentido cambiado y feliz interiormente.

A muchas personas interiormente coaccionadas, el encuentro con el Padre Kentenich significó definitivamente la liberación interior. Recuerdo de una de ellas, acosada por una formación religiosa de miedo y obligación, formación que destruía su vida, que descubrió a través del Padre Kentenich el mundo de la libertad, libertad que debía llevarla hasta dejar la práctica religiosa, pero que significó el descubrimiento definitivo de Dios como Padre y como Amor.

En resumen, pienso que en una época como la de hoy, los hechos extraordinarios si bien son importantes permanecen irrelevantes para la gran mayoría de los hombres.

La santidad del Padre Kentenich, si alguna vez le es reconocida, consistió en un actuar de Dios extraordinario sobre la conducta de un hombre, acentuando al grado máximo todas las condiciones y valores propios del hombre, de manera que éste pudiera ayudar a ser signo de Dios para los hombres que buscan desesperadamente la encarnación de esos valores. Por eso no creo que interesen los milagros físicos, las curaciones y cosas de ese estilo. Interesa el milagro vivido durante toda una vida, de la presencia de Dios en el actuar ordinario de un hombre, que se esforzó por ser siempre extraordinariamente fiel y por cumplir el mandato del Señor: "Mirad los signos de los tiempos". La prueba más palpable, exterior de esta verdad, es la fecundidad de la obra que fundó: Schoenstatt. "Por sus frutos los conoceréis".



*Después de haber leído en común el testimonio dejamos un momento de silencio para que cada uno medite el mensaje que hoy Dios nos quiere regalar a través de esta vivencia.*

*Queremos que estos mensajes de la vida sean un instrumento, un cuaderno de diálogo del Padre Kantenich conmigo.*

**Es una carta personal de su vida que yo debo descubrir para mí como un camino de santificación.**

*¿Qué despierta en mí todo lo leído?*

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

*¿Qué me sugiere para la vida?*

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

*Con qué frase o palabra resumo lo leído (fundamental)*

---

---

---

---

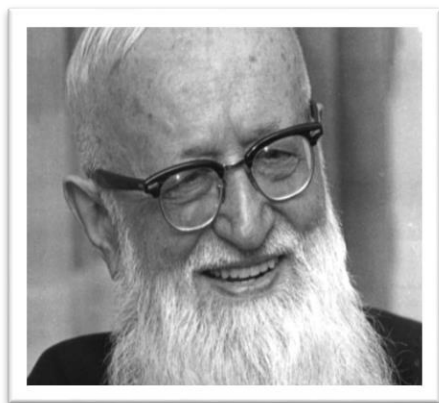
---

---

---

---

## Tercer Testimonio



### EL PADRE FUNDADOR

ERNESTO LIVACIC G., chileno, Profesor de Literatura en la Universidad Católica de Chile. Ex-Subsecretario de Educación de Chile. Colaborador del Depto. de Educación del CELAM. Padre de 7 hijos

Tuve dos veces la dicha de estar con el Padre Fundador en Schoenstatt: la primera, durante una hora, el 15 de noviembre de 1966, víspera de su 81 cumpleaños; la segunda, durante casi el triple de tiempo, comiendo con él, el 10 de diciembre del año siguiente.

Me resulta casi imposible trazar una semblanza rápida de su rica personalidad. Era, en primer término, un preclaro ejemplar humano, aún desde el punto de vista natural. En ambos casos, nos vimos en invierno y de noche, hacia el final de jornadas que habían sido pesadísimas para él. Sin embargo, se veía entero, ágil, enhiesto, lozano. En 1966, vestía, incluso, una delgada sotana, sin mayor abrigo.

Sus intereses e inquietudes eran variadísimos. Me hizo incontables preguntas sobre la educación en Chile (mi campo de trabajo), sobre las actividades de UNESCO (a reuniones de la cual yo estaba asistiendo en París), sobre el Movimiento y la Rama Familiar en Chile, sobre la situación general de nuestro país. Estaba al día en cuanto pensamiento o libro importante de actualidad estuviera en circulación. A mis preguntas respondió con una seguridad, profundidad y acierto admirables.

Su amabilidad era subyugante, por su fuerza y por su espontaneidad. Cuando el año 66, junto con el P. Humberto —nuestro impagable intérprete—, lo aguardaba en la salita de espera durante breves minutos, esperaba con impaciencia que llegara el instante en que alguien viniese a anunciarnos que podíamos pasar a verlo. Cuál no sería mi asombro al sentirlo entrar personalmente, con una sonrisa a flor de labios, con sus manos extendidas en saludo cordial. Lo que imaginé una entrevista breve, dado su cansancio del día y sus múltiples responsabilidades, se alargó mucho más de lo por mi previsto, y al final lamentó que yo hubiese ido a Schoenstatt sólo por un día y que no hubiésemos podido seguir conversando. Me invitó a volver, con más tiempo otra vez. Antes de despedirme, pasó a la salita contigua y me trajo unos regalos: unos rosarios. "Esto es para el alma" y luego, "y esto es para el cuerpo" . . . una botella de vino del Rin. Nos tomamos algunas fotografías y luego me acompañó hasta la puerta, su brazo en ademán de saludo largo,

largo rato, hasta que desapareció de su vista el automóvil que me llevaría a la estación ferroviaria de Koblenz.

La segunda vez, su amabilidad fue aún más patente, acaso no sólo porque ya me conocía (me recibió con un "Buenas noches, querido profesor") sino porque esa misma mañana, en Schoenstatt, había yo recibido la noticia del feliz nacimiento de nuestro séptimo hijo, Pablo Esteban. Por eso al ya transcrito saludo, agregó: "Y felicitaciones por Pablo Séptimo".

Expresiones como éstas, cargadas de fineza y humor, eran muy habituales en él. Por cierto, esta vez hubo de nuevo regalos y entre ellos incluyó tres pequeños autitos para Pablo Esteban, privilegio que no muchos niños podrán disputarle. Me pidió que me sintiera su invitado y no pagara mi hospedaje en Schoenstatt. Me volvió a invitar para que continuáramos conversando. Durante toda la comida había estado preocupado de que me sirviera a gusto y en abundancia. A pesar de que, a una pregunta mía, anunció que vendría a Chile, una voz interior me sugirió el pedirle su bendición. Fue la última, nunca más lo volvería a ver. Su amabilidad y su humor no le privaban de ser enérgico en proclamar la verdad y directo en el uso del lenguaje, cuando lo creía conveniente. En nuestra segunda conversación hizo ver con energía la necesidad de que, incluso dentro de la Iglesia, se ponga atajo al relativismo frente a los valores, a la tendencia a creer que no hay valores permanentes, sino que éstos son propios de cada cultura y cambian con ellos. El ejemplo con que ilustró su posición fue que el cuerpo, según la filosofía tomista, de acuerdo con su función individualiza y sexual el alma. La estructura corporal es permanente. Ello revela que hay valores permanentes del hombre y valores permanentes de la mujer. Los órganos sexuales primarios de ésta simbolizan la receptividad; los secundarios, el acogimiento, la receptividad.

Era, ciertamente, un pedagogo excepcional. Su interlocutor se sentía la persona más importante del mundo, centro absoluto de su atención e interés. Preguntaba con verdadero afán de diálogo, escuchaba con el más auténtico sentido de la palabra. Respetaba, confiaba, se auto educaba. Muchos hombres importantes he podido conocer. Ninguno ha dejado en mí la profunda impresión y la imborrable huella que él.

A su través, se sentía nítidamente a Dios. La riqueza de su personalidad estribaba en la fuerza y claridad con que se sentía hijo e instrumento de él. Por eso lo proyectaba como un transparente y lo reencarnaba en su propia paternidad.

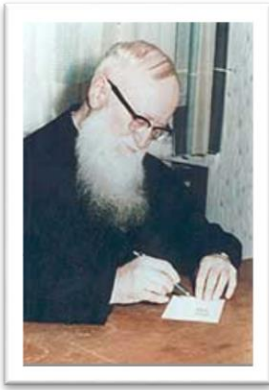
Su relación personal con la Divinidad se traducía en una encarnación concreta y realista. Como aspectos centrales del papel de la Obra Familiar, me señaló el ser alma de la nueva cultura, servidora de la Iglesia y forjadora del auténtico orden social cristiano.

Pensaba que las estructuras y los movimientos tradicionales del apostolado han fallado. La solución: que se reconozca a la familia su función primaria, anterior a la del Estado y a la de la propia Iglesia. El padre y la madre deben



recuperar la plenitud de su función educadora. El ejemplo que en este sentido demos, será un paso insustituible hacia una verdadera transformación de la sociedad. La experiencia de muchos jóvenes que abandonan la fe recibida en la educación escolar prueba que la única garantía sólida de la educación, es la de la Familia.

Podría seguir citando, casi en forma infinita, sus densas y oportunas directivas. No es, ciertamente, el momento ni el lugar de hacerlo. Pero no puedo dejar de subrayar que todo en él —actitud personal, disposición al diálogo, gestos, voz, sonrisa, vida—era plenamente consecuente con lo que pensaba y sentía. Educaba, más que con las palabras, con su personalidad religada, de hombre de Dios, de santo. Transmitía, generosamente y con naturalidad, el Espíritu de Dios que lo llenaba.



*Después de haber leído en común el testimonio dejamos un momento de silencio para que cada uno medite el mensaje que hoy Dios nos quiere regalar a través de esta vivencia.*

*Queremos que estos mensajes de la vida sean un instrumento, un cuaderno de diálogo del Padre Kantenich conmigo.*

**Es una carta personal de su vida que yo debo descubrir para mí como un camino de santificación.**

*¿Qué despierta en mí todo lo leído?*

---

---

---

---

---

---

---

---

*¿Qué me sugiere para la vida?*

---

---

---

---

---

---

---

---

*Con qué frase o palabra resumo lo leído (fundamental)*

---

---

---

---

---

## Cuarto Testimonio



### MI PRIMER ENCUENTRO CON EL PADRE...

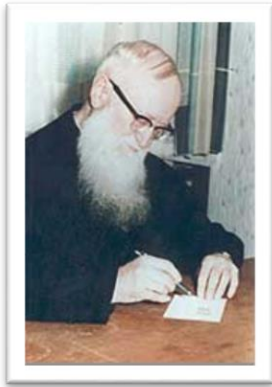
P. ALBERTO ERONTI, argentino. Cursó sus estudios de Teología en Madrid. Superior de los Padres de Schoenstatt de la Delegación del Plata desde 1976 a 1981. Asesor del Movimiento de Schoenstatt en Córdoba. Fue el 9 de mayo de 1966, en una mañana tranquila, allá en Berg - Schoenstatt. La víspera había sido dolorosa, todos los intentos por ver al Padre recibían la misma respuesta: "Está muy ocupado, es imposible". Pero ¿es que después de haber hecho miles de kilómetros desde mi América Latina no podría estrechar su mano, oír su voz ni transmitirle todo lo que traía para él?

Aquel día 9 subí con Pedro hasta el Monte: sería el último intento, ya que a medio día debía partir para Munster. Llegamos a la casa de formación y vimos que el Padre se recortaba algo confuso contra una ventana, estaba vuelto de espaldas y hablaba a un grupo de Hermanas. Esperamos... y rezábamos: "Confío en tu poder..." De repente vimos que las Hermanas se levantaban y la silueta del Padre desaparecía. Pedro me dijo: "Vamos" y entramos a "paso de carga" a la casa de formación. Las Hermanas de la portería no atinaron a detenernos y cuando reaccionaron... el Padre estaba allí. Nos miró, venía rodeado de Hermanas (entre ellas la Hermana M. Heriberta, Superior General en aquel entonces), se paró y les dijo: "Un momento". ¡Avanzó hacia nosotros y dirigiéndose a mí dijo en latín "Resucitaste de entre los muertos! ¡Dios te salve, María!" Tomó mis manos entre las suyas y siguió hablando en alemán, ya no entendí nada. Para mí había una certeza y una alegría: estaba con el Padre, estrechaba mis manos y, sin haberme presentado, y él sabía quién era yo. ¡El Padre me conocía! Pasamos luego a una salita pequeña. El Padre me hizo una serie de preguntas. Pedro actuaba de traductor (a mí me importaba poco lo que traducía

Pedro: ¡yo estaba CON EL PADRE. Recuerdo que me preguntó por mi salud (yo había tenido una grave operación), cómo había sido mi viaje, si había descansado bien y si las Hermanas me cuidaban, luego quiso saber de la Familia (su Familia, sus hijos) en Argentina.

Luego preguntó por mis padres, por mi familia. Fue corriendo el tiempo, le dije de mi alegría y mis anhelos, asintió, se rio, me miraba con ternura. Me dejó regalos, fotos, chocolates, etc. etc. Cuando me despedía de él me di cuenta de que el "momento" se había transformado en casi 45 minutos y que las Hermanas seguían esperándole paradas delante de la salita. Agitó su mano hasta que desapareció. Pedro y yo caminamos en silencio un largo rato, Al fin le dije: "Pedro, ¡qué cerca estaba Dios! Pensaba: si así es nuestro Padre, ¿cómo será Dios? Lentamente fui sacando a luz lo que había vivido en casi 45 minutos, eran muchas cosas, una cantidad de sentimientos, pero por sobre todo una certeza: ¡el Padre me conoce, sabe quién soy, me llamó "por mi nombre" ... ¡Yo ESTOY EN SU CORAZÓN!

Fue un 9 de mayo allá en Schoenstatt. Aquel día comprendí la alegría de ser hijo, el gozo de tener un Padre. Un Padre que me conoce, que por eso comprende, espera, goza, está cerca... Así y mucho más es Dios.



*Después de haber leído en común el testimonio dejamos un momento de silencio para que cada uno medite el mensaje que hoy Dios nos quiere regalar a través de esta vivencia.*

*Queremos que estos mensajes de la vida sean un instrumento, un cuaderno de diálogo del Padre Kentenich conmigo.*

**Es una carta personal de su vida que yo debo descubrir para mí como un camino de santificación.**

*Que despierta en mí todo lo leído*

---

---

---

---

---

---

---

---

*Qué me sugiere para la vida*

---

---

---

---

---

---

---

---

*Con qué frase o palabra resumo lo leído (fundamental)*

---

---

---

---

---

---